



Navidad.com
por Daniel Urdaneta

El próximo miércoles 25 se celebra como todos los años una fiesta que genera divisiones dentro del mundo cristiano. La Navidad, lejos de ser un evento que une a todos los creyentes, ha provocado debates profundos entre quienes la celebran con entusiasmo y quienes prefieren evitarla, considerándola una tradición influenciada por prácticas paganas o comerciales. Mientras unos adornan sus casas y participan en actividades festivas, otros cuestionan si estas costumbres reflejan realmente el mensaje de Cristo.

Para muchos cristianos la Navidad es un tiempo para recordar el nacimiento de Jesús, el Salvador del mundo. Sin embargo, otros cristianos la critican y la rechazan por completo, considerando que no tiene base bíblica y que es una festividad impuesta por el sincretismo cultural, señalando que no hay evidencia bíblica de que Jesús naciera el 25 de diciembre y que varias tradiciones navideñas tienen raíces no cristianas. Para ellos, adornos, árboles y regalos representan una distorsión pagana de la verdadera esencia de la Navidad. El consumismo y las tradiciones comerciales traicionan el mensaje de Jesús.

Esta época del año que debería estar impregnada de espiritualidad, amor y conexión con los demás, ha evolucionado hacia algo muy diferente. En la actualidad, parece haberse transformado en un espectáculo de consumo masivo donde los valores originales quedan relegados a un segundo plano y la Navidad consiste en una vorágine de consumo y superficialidad.

Originalmente, la Navidad celebraba el nacimiento de Jesús, un momento para reflexionar sobre la fe, la humildad y la unión familiar. Era una época para dar sin esperar recibir, para compartir momentos significativos con nuestros seres queridos y para conectar con algo superior, más allá de lo material. Durante siglos, fue una festividad profundamente espiritual, marcada por ritos sencillos que conectaban a las personas con su fe y con los demás. Sin embargo, desde el siglo XX, esa esencia parece haberse perdido entre luces brillantes, interminables listas de regalos y la presión de cumplir con estándares impuestos por la sociedad. Somos bombardeados por mensajes que nos incitan a gastar y a medir nuestro amor por los demás en función del precio de los regalos.

Hoy día la Navidad empieza en noviembre (o incluso antes) con el Black Friday y el Cyber Monday, eventos que marcan el inicio de una carrera frenética hacia el consumo. Las calles se llenan de publicidad agresiva, y los centros comerciales se convierten en los templos modernos donde se rinde culto al poder adquisitivo. La obsesión por lo material nos desconecta no solo del mensaje original de la Navidad, sino también de nosotros mismos y de los demás. Nos encontramos rodeados de luces, pero emocionalmente vacíos, atrapados en un ciclo de expectativas inalcanzables.

La sociedad moderna ha contribuido a desviar la atención de lo espiritual hacia lo material. La Navidad se ha convertido en un espectáculo comercial, definido por la compra de regalos, la decoración ostentosa y las celebraciones lujosas. Este enfoque nos aleja del humilde nacimiento en Belén y nos lleva a preguntarnos si nuestras prioridades reflejan el verdadero significado de esta fecha.

El propósito de la Navidad no está en las tradiciones, sino en el mensaje eterno de amor y salvación. Es un momento para reflexionar sobre el regalo más grande que hemos recibido: Jesucristo. La Navidad es, al final, una oportunidad para recordar el nacimiento de Cristo y el impacto transformador de su vida en el mundo.

La Navidad, tal como la conocemos hoy, está en un punto crítico. Aunque el comercio haya transformado esta festividad en una maquinaria imparable de ventas, todavía tenemos la capacidad de elegir cómo queremos celebrarla. Rescatar el verdadero espíritu de la Navidad no significa renunciar a los regalos o las tradiciones modernas, sino darles un significado más profundo y auténtico.

Para quienes celebran la Navidad desde una perspectiva cristiana, el desafío es doble: rescatar el significado espiritual de la festividad y encontrar puntos de encuentro que unan, en lugar de dividir. Esto implica dejar de lado las diferencias y enfocarse en lo esencial: el mensaje de esperanza, amor y reconciliación que trajo el nacimiento de Jesús. Es hora de ver la Navidad no como una excusa para gastar o como un motivo de división, sino como una oportunidad para reencontrarnos con los valores que realmente importan. Porque, al final, la Navidad no se trata de cómo la celebramos, sino de por qué lo hacemos. Volvamos a lo esencial. Esta Navidad, enfoquémonos en lo que Jesús nos enseñó: amar a Dios, amar al prójimo y ser luz en el mundo. En lugar de gastar más, demos más de nuestro tiempo, más de nuestro amor y más del Evangelio a quienes lo necesitan.

Dios nos bendiga a todos.

“Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor”
(Lucas 2:11)